

Francesc de Carreras

# ¿Hacia dónde va el PSC?

Cuando empezó a vislumbrarse que Jordi Pujol no sería un gobernante eterno, se introdujo un término nuevo en la política catalana: *pospujolismo*. ¿Qué es el pospujolismo?, se preguntaban algunos. Tras casi seis años ya lo sabemos: el pospujolismo es lo mismo que el pujolismo pero sin Jordi Pujol y, además, también sin CiU. En efecto, los dos tripartitos sucesivos, enredados ambos en la telaraña del nuevo Estatut, siguen las directrices trazadas por Pujol sin apenas variación alguna. Desde luego con peor estilo, menos inteligencia y formas más groseras, pero en el fondo con la misma sustancia política y utilizando la misma táctica.

Los columnistas del entorno convergente intentan descalificar al PSC y al actual Govern tachándolo de españolista, mero apéndice del PSOE, pero dudo que convenzan a nadie, excepto a los ya previamente convencidos. Las disputas entre el tripartito y CiU son de detalle, la vía por la cual discurre la política catalana actual fue trazada por Jordi Pujol, estamos donde estábamos: sólo han cambiado los actores y el director, no la obra. Pujol, su autor, supongo que está desesperado porque los suyos no actúan. Pero a la vez debe de estar satisfecho porque el director no se desvía un milímetro del guión que él supo elaborar.

En efecto, cuatro rasgos caracterizaban al pujolismo: el victimismo, la consideración de Catalunya como una sociedad diferenciada, el minucioso control de la Generalitat sobre la sociedad y la intervención en la política española como partido bisagra. Todos estos rasgos siguen caracterizando al actual Govern tripartito, al frente del cual está el PSC. De momento, no han inventado nada, todo se desarrolla según el guión previsto.

El hacerse la víctima, como sabemos, es un mecanismo para inspirar pena y obtener ciertas ventajas inmerecidas. Lo practican a veces los niños con sus papás, los alumnos con sus profesores y determinados grupos sociales con sus gobernantes. Normalmente esconde insuficiencias propias y, en el caso de los grupos sociales, el victimismo fomenta la unidad del grupo al crear un enemigo externo, percibido como una amenaza permanente. La supues-

ta mala financiación de la Generalitat es un caso de manual. No se construye el cuarto cinturón, por disputas locales se retrasa el paso del AVE por Barcelona (en otro caso ya habría llegado a Perpiñán), no se lleva a cabo la conexión eléctrica con Francia. Todas estas son obras a cargo del Estado. Pues bien, se renuncia a ellas y se reclama una financiación “justa” –¿justa respecto a quién?– para nuestra Administración autonómica. La queja frente a *Madrid* –ese útil enemigo exte-



JORDI BARBA

rior– esconde, simplemente, los errores propios. Eso es el victimismo.

“Somos una nación”. Bien. Catalunya tiene, además del castellano, una lengua propia y un derecho civil antiguo, hoy de muy escasa aplicación, y casi nada más que nos diferencia del resto de España. Todo ello se reconoce y protege en la Constitución. Sin embargo, creemos tener derechos, inalienables por supuesto, a ser tratados por el Estado de forma distinta al resto de los ciudadanos españoles. ¿Por qué? No lo entiendo, precisamente un Estado democrático significa, antes

que nada, la igualdad de derechos. ¿Tenemos los catalanes un derecho a la autonomía de más alcance que el resto de los españoles? No, por supuesto. Como demócrata no puedo sostenerlo.

Todo esto lo mantenía Pujol y lo sigue manteniendo el PSC, en sus actos y en su lenguaje. Pero, además, ha añadido e incrementado una práctica que los socialistas siempre criticaban a CiU: su intervencionismo en la sociedad mediante una red de instituciones de control y el carácter excesivamente discrecional de las subvenciones que la Generalitat otorga para fomentar el clientelismo, buscar interesados apoyos para crear dependencias y así evitar las críticas. La famosa “sociedad civil”, en teoría autónoma del poder, en la realidad sometida a él debido a las ayudas y favores que recibe. También en esto el pujolismo continúa.

Por último, desde el primer tripartito, los diputados del PSC en el Congreso son utilizados de hecho, ostentadamente, como un sucedáneo de partido dentro del grupo parlamentario socialista. En el caso del actual atasco en el nuevo modelo de financiación, debido al imprudente contenido del Estatut, parece que el hilo que une al PSC con el PSOE se está tensando hasta extremos nunca vistos. Esta semana Miquel Iceta, álgter ego de Montilla, advertía a Zapatero que si por este motivo provoca la caída del Govern estaría en juego

la estabilidad del Gobierno de España. Una manera encubierta de decir que los veinticinco diputados del PSC en el Congreso podrían votar de manera distinta a sus correligionarios del PSOE. Igual que CiU.

¿Adónde va el PSC? Sabe que la mitad, por lo menos, de sus votos proviene de simpatizantes del PSOE que no les votan en las autonómicas. Y sabe que se han metido en un lío que tiene el riesgo de provocar que la otra mitad no les vote en las generales. Eso también lo sabe el PSOE y no cabe ocultar las culpas del imprudente Zapatero en todo ello. Alcanzar el poder, según en qué condiciones, puede ser perjudicial. Del paso que dieron en el 2003, al pactar con ERC e ICV para aprobar un nuevo estatuto, vienen estos lodos. Los socialistas catalanes están en el poder a remolque de las ideas de otros, quizás lo que deberían hacer es abandonar el pujolismo y buscar personalidad propia.●

Baltasar Porcel



## Tiempo de labor y sepulcros

Aprovechando Sant Jordi aparece mucho libro de tema catalán; me referiré a varios, en los que aparece algo, al fin soy incluido entre los *amics i coneuts* ambientales, que de forma laboral o anecdótica han ido trabando este país e islas. Me refiero a la grávida biografía de Ramon Trias Fargas, *Els laberints de la llibertat*, de Jordi Amat (La Magrana); *Un capellà rebel*, memorias de Josep Dalmau (Proa), y *Tot són veus, tot són mons* (Leonard Muntaner), conversaciones con escritores, debidas a Pere Antoni Pons, sólido autor de la nueva hornada.

Dalmau cuenta como una entrevista que en 1967 le hice para la revista *Destino* no pudo salir hasta que se fotografió con el alzacuello clerical y no despechugado. La época fue así de pueril, los sepulcros blanqueados del Evangelio, en los que subsistía y se pudría el régimen, una élite alicorta y tantos obispos. Mientras Dalmau, física y moralmente robusto, escribía sobre teología crítica con la Iglesia y militaba contra el franquismo, participaba en algaradas catalanistas y achuchaba a alguna monja también revolto-

## Nos pidieron figurar en listas electorales, pero Dalmau sólo quería ser cura y yo, escritor

sa, a la vez que la policía lo achuchaba a él.

Era rector del pueblecito de Gallifa, y allí celebramos nuestro encuentro, yo acompañado por el poeta Gabriel Ferrater, con quien anduve a veces, y que liquidó cuanta botella hallamos, fuera vino, anís, coñac, hasta agarrar una de sus devastadas curdas. Pero con Dalmau hicimos algo insólito: yo había anudado, entre el exilio de París, una intensa relación más hedónica que sindical con el anarquismo, y Dalmau vino a apuntarse a la CNT, lo que causó sensación en ella y alguna protesta –nunca había acaecido nada igual– en un húmedo localucho de Ciutat Vella donde nos reuníamos. Luego colaboramos como independientes junto a Francesc Vicens con ERC, pero nos pidieron que figuráramos en listas electorales, y como Dalmau sólo quería ser cura y yo escritor, fue Vicens el que se avino a un cargo.

En cuanto a Trias, lo traté bastante, era inteligente, aunque un tanto soberbio y rígido en su ideología liberal, y de un catalanismo de buen talante español, pero firme. Imaginaba que como pertenecía a una familia burguesa culta, hasta científica, exiliada, de ideal británico, los doctores Trias y Trueta, otro amigo, le tocaba presidir la futura Generalitat de Catalunya. Por lo que, pese a acabar como seguidor de Jordi Pujol, consideraba a este un pobre populista al que debía desplazar. Así se respiraba en el Hostal de la Gavina, de S'Agaró, que pertenecía a los primos Ensesa, de Trias, con la atractiva Carmona, al que iba yo con Josep Pla, a pan y cuchillo. Y donde este, allí servil, aprendió a menospreciar a Pujol, *un millhomes*, escuchaba y repetía.

Por último, curiosa y reflexiva la apologetica sátira *Crònica de la independència*, de Patrícia Gabancho (Columna).●

F. DE CARRERAS, *catedrático de Derecho Constitucional de la UAB*

Enric Segarra

# Todo lo que pasa conviene...

Todo lo que pasa conviene y si no, entretiene! Este es mi leitmotiv que alimenta mis ganas de vivir. No se trata de un juego de palabras ingenioso, sino de una visión filosófica de la vida que, aplicada a la situación de hoy, nos dice que lo que está pasando es para bien (aunque en el interin suframos y no veamos beneficio). Hay que empezar a aceptar lo que hay y, luego, actuar para cambiar. El camino para salir del atolladero empieza por uno mismo y no tanto por lo que puedan decidir –y hacer por mí– los demás. El sistema en el que hemos estado inmersos hasta ahora, basado en el crecimiento infinito, era (es) insostenible, y es mejor que aceptemos ya que se acabó. Se acabó el tiempo en el que

vivimos a crédito por encima de nuestras posibilidades. ¡Ese sistema se vino abajo! Lo distinto que va a venir es que ya nadie podrá vivir en la ilusión: “Tengo un trabajo y eso me da estabilidad”, y tan seguros de eso estábamos que la mayoría se hipotecó sobre tal afirmación confiando en poder mantener un ritmo de vida creciente de aquí a la eternidad. ¡Eso se acabó! Se terminó la “seguridad” en el empleo y todo el modelo económico que se construyó alrededor de ese supuesto. Pero esto, lejos de ser malo, va a ser lo que permita dar un vuelco a la situación. El hecho de que yo no pueda confiar en tener empleo estable va a obligarme a estar “en forma”; a reinventarme y a superarme cada día para ser mejor. No viviremos ya tan motivados por el cómo asegurar lo que ya tengo (lo cual desvía energía que serviría para cons-

truir mi futuro), como por cómo me las ingeniaré para buscar mi oportunidad en un mundo que será más incierto –y probablemente más indómito– pero más apasionante. Dos van a ser las cosas que van a cambiar. Una, reduciremos el lastre que nos impide arriesgar –reaprenderemos que se puede vivir con menos de lo que creemos–, y eso nos atará menos para movernos motu proprio cuando y a donde haga falta; y dos, nos volveremos más inquietos y nos cultivaremos más, para estar siempre a punto para lo que venga. Hace poco más de un año publicaba en estas páginas el artículo “Actuar para avanzar”; lo que allí decía como algo que era deseable –actuar sin miedo a lo que me pueda pasar–, hoy se convierte en una necesidad.●

enric.segarra@esade.edu

E. SEGARRA, *profesor de Esade (URL)*